

Los «chuetas» de Mallorca: historia de una persecución solapada

CON JUDÁ EN LOS TALONES

«Si voy por la calle y me caigo, no será por haber resbalado en una monda de plátano, sino por ser *chuetas*.» Eso dice Luis Pomar, un descendiente de los judíos que habitaban en Mallorca durante la Edad Media, y que fueron obligados a convertirse al catolicismo si no querían perecer en la hoguera. Aunque la mayoría de los *chuetas* son hoy católicos integristas, dos rabinos israelíes han venido varias veces a Palma con intención de hacerlos judíos. Un empeño difícil.

RAIMUNDO GARCIA PAZ

El *chuetas* Josep Forteza, un odontólogo con mucho prestigio en Palma, dice sentirse más judío que español. Rodeada de libros en una estancia que compendia su erudición sobre temas de

Cataluña y las Islas, Forteza afirma que «el cese de los matrimonios entre *chuetas*, lo que llamamos endogamia, no eliminará nuestras señas de identidad». Amigo de Itzak Navon, el mítico presidente de Israel, Forteza representa una tendencia próxima al sionismo entre los *chuetas* de las Baleares. «Entre nosotros siempre quedará la lucha por el marco geográfico de Israel y el combate por un Estado judío como elemento de unión», afirma convencido.

Cuando la televisión israelí dedicó un programa biográfico, al estilo del viejo «Esta es su vida», a Itzak Navon, Forteza se tuvo que desplazar a Israel para darle una sorpresa a su amigo. Hace poco tiempo vinieron a verle dos rabinos venidos de aquel país, con ánimo de convertirle a la doctrina del Talmud. «Pero yo no renunciaría por nada del mundo a la religión católica», puntualiza este odontólogo erudito de Mallorca.

Otro personaje de la comunidad *chuetas* que también recibió la visita de los rabinos es el doctor Luis Pomar. «Yo les dije que el grupo más difícil de proselitizar en toda la isla iba a ser el nuestro.» De Pomar se afirman en las tertulias de Palma atrevimientos terribles: que un día profesó el judaísmo, que luego se convirtió a una secta protestante, que está cargado de

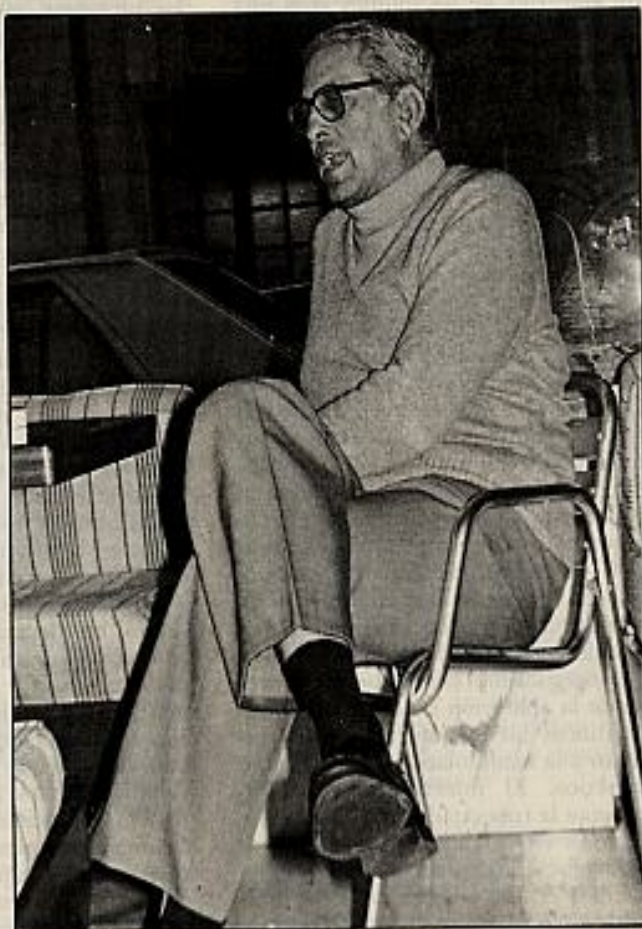
millones, que... Pero este veterinario *castigador*, que admira las viudas de Texas por su habilidad para curar perritos, soporta con excelente humor las críticas. Sus mordaces sarcasmos le renuevan el papel protagonista ante cada vituperio o rumor mal intencionado. La impresión de Pomar ante la tarea apostólica de los rabinos no parece que vaya descaminada, si echamos un vistazo a la historia.

Chivos expiatorios

Los judíos que habitaron Mallorca durante la Edad

Luis Pomar, es chuetas, así se llama en Mallorca a los descendientes de los judíos que vivían en la isla durante la Edad Media, y cuenta: «Durante mi infancia y juventud tuve un complejo de inferioridad doloroso pero llegué a racionalizar el problema y escribí en los periódicos la palabra tabú.»

Media representaron, en palabras de Baltasar Porcell, «una constante víctima propiciatoria». Poco antes de finalizar el siglo XIV, la comunidad judía vivía hacinada en el «Call» mayor, un «ghetto» que «exacerbaba el espíritu judío, a la par que excitaba el antisemitismo», según el escritor de Andraitx.





Dos chuetas, Lorenzo Cortés y Josep Forteza —en el centro—, con Fiore Dureghello una joven investigadora veneciana de raza judía, que prepara su tesis doctoral sobre los chuetas.

La revuelta de los payeses por la crisis de la economía que sufría Mallorca en esa época fue desviada por las clases dominantes contra los judíos.

Pretextos para cargar la responsabilidad del desastre financiero en la población de origen hebreo existían. El gran negocio del «Call» era prestar

dinero con usura a los agricultores de la isla de Mallorca. Con una chispa que desconocemos, el barril de pólvora hizo explosión. Trescientos judíos perecieron en el primer «saco» de la judería de Palma, acontecido en 1391. La mayor parte de los judíos supervivientes se bautizó como cris-

tiana. «Los judíos conversos —según el investigador Lorenzo Pérez—, cambiaron su nombre y apellidos, y se convirtieron en fervorosos cristianos y acervos críticos contra los judaizantes, para alejar de sí cualquier nota de semitismo.» Este grupo de conversos aterrados constituye el origen primitivo de los chuetas, nombre que se les empieza a aplicar en el siglo XVII, por-

que no comían tocino (xua), según unos, o porque eran judíos (jueu), según otros.

Busca y captura del hereje

En su espantosa, por descriptiva, obra: «La Fe Triunfante en Quatro Autos», el R.P. Francisco Grau, de la Compañía de Jesús, da cuenta de las torturas a que fueron sometidos los chuetas judaizantes, o sea, que mantenían ritos hebreos en secreto. Con la constitución del Tribunal del Santo Oficio en 1478, la busca y captura de herejes se intensificó. Si el chuetta se arrepentía de su culpa, la pena de perecer en la hoguera era sustituida por la de garrote vil. Ante semejantes condenas, la traición de los chuetas al judaísmo, y su temor ancestral a un nuevo cambio de religión es comprensible.

Casi un veinte por ciento de la población mallorquina actual lleva apellidos de personas que, en su tiempo fueron juzgadas por la Inquisición como judaizantes. La historia de los apellidos, transmitida de padres a hijos en la sociedad mallorquina, estigmatizó a generaciones de chuetas durante siglos. Una persecución solapada hizo que su respeto al catolicismo prosiga con vehemencia, pese a la libertad religiosa.

Los chuetas constituyen ahora un grupo de católicos intransigente con ciertas reformas de la Iglesia de Roma, que abandonaron por completo la «doble vida» religiosa. Prácticas propias del judaísmo, como la



Luis Ripoll que fue editor de la revista literaria «Papeles de Sons Armadans»: «En Mallorca se sabe de cualquiera si es chuetta o no, pero no se comenta delante de ellos.»

CON JUDÁ EN LOS TALONES

circuncisión, son extrañas a sus costumbres. Únicamente los «crespells», pastas ácidas de origen hebreo, les recuerdan a sus antepasados.

Para Luis Pomar, «la mayoría de los *chuetas* son hoy más papistas que el Papa, y de un integrismo que supera en ocasiones al del propio Lefévre, quizá para compensarnos de un complejo de inferioridad atávico frente a la población católica». Buenos feligreses, los *chuetas* han hecho de la Iglesia de Santa Eulalia una de las más ricas parroquias de Palma.

mos expatriados a campos de concentración».

En cambio, judíos alemanes residentes en Palma fueron sacados por la fuerza de la Isla. «Una pareja de judíos alemanes que habitaba en la zona de El Terreno, —comenta Forteza—, se envenenó para evitar la extradición. Creo que el entonces propietario de la tintorería "La Ideal" no pudo evitarlo, y fue secuestrado por los nazis.»

Entre la Inquisición, persecuciones populares y fanatismo nazi, los *chuetas*

«La mesa camilla mantuvo el fuego sagrado»

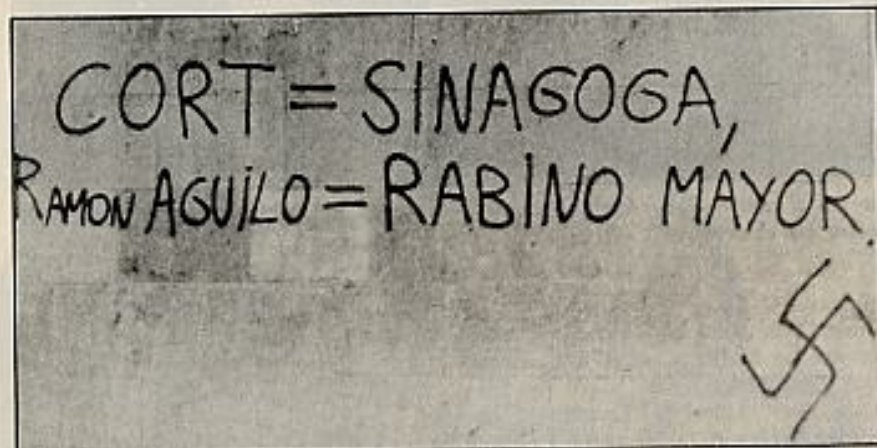
La anécdota del militante de Fuerza Nueva que se dio de baja en el padrón municipal de Palma de Mallorca, porque el alcalde Ramón Aguiló es *chuetas*, resulta bastante reveladora. Precisamente un primo de la máxima autoridad municipal estudia para rabí en Jerusalén. La elección de Aguiló, afiliado al PSOE, para edil municipal, demuestra que la mayoría de los mallorquines no es reacia a ser gobernada por *chuetas*. Tampoco lo fue en 1922, cuando designó a otro *chuetas*, llamado Juan Valentí, para ocupar la alcaldía.

El cambio sociológico propiciado por el turismo ha contribuido a reducir el número de intransigentes contra los descendientes de los judíos conversos. Según Luis Pomar, la persecución contra los *chuetas* ha periclitado un poco, gracias a que la mesa camilla ha sido arrumbada. «El fuego sagrado del antichuetismo se mantuvo hasta ahora en las tertulias caseras. Los hogares mallorquines tienen muchas rendijas, y como la literatura es poco atractiva, resulta más interesante debatir en torno al brasero, si Pepa sale o no con el *chuetas* de la esquina.»

Soberbio y arrogante, según calificación propia, Pomar no tiene vocación de líder entre los *chuetas*. Aunque haya sido amenazado por algunos de ellos mediante anónimos: «más le valdría que se callara», etcétera, acepta sin vanagloria sus señas de identidad. «Durante mi infancia y en plena juventud he estado sometido a un complejo de inferioridad doloroso, trágico, pero llegué a racionalizar el problema y escribí en los periódicos la palabra tabú.»

A pesar de su transparencia verbal, la herencia y el ambiente continúan influyendo sobre el doctor Pomar. «Cuando me dicen que no parezco *chuetas*, les mando al cuerno.» Y es cierto que este mallorquín singular, que obtuvo la fama por su quehacer profesional, tiene poca pinta de judío. A pesar de su nariz ganchuda, y quién sabe si alguna avidez económica, su elevada estatura, los ojos claros, y una actitud nada humilde le confieren otro aspecto.

«Enfant terrible», de su grey, jamás abandona al interlocutor del «New York Times» para asuntos *chuetas* una pizca de socarronería. «Acabo de crear —susurra Pomar—, una catarsis entre los amigos que estaban en la barra porque les dije que iba a hablar con vosotros sobre *chuetas* y ellos lo



Los gritos y las pintadas «ultras» contra los *chuetas* son frecuentes y recuerdan otra época en que sirvieron de chivo expiatorio para los males propios de la sociedad isleña.

Perseguidos por los nazis

Pese a que gran parte de los *chuetas* simpatizaron con el Eje durante la Segunda Guerra Mundial, a los nazis alemanes no les gustaron estos aliados poco naturales. En 1942, agentes del servicio del Gobierno alemán comenzaron a indagar sobre los *chuetas* mallorquines. Según Josep Forteza-Rei, «el posible origen judío de Franco y del obispo Miralles, de la diócesis de Palma, influyeron positivamente para que algunos no fuera-

no se confían demasiado. «Hay una serie de odios solapados —explica Luis Pomar—, que si se abre la marmita con otro tejerazo pueden salir a la luz.» Aunque ser *chuetas* responde más que nada a una concepción sociológica: «lo es aquel que cree que lo es, y a quien los demás atribuyen esa condición» —según Pomar—, la extrema derecha mallorquina está dispuesta a convertir esa teoría en algo más tangible. Los gritos y las pintadas «ultras» contra los *chuetas* son cosa frecuente, y recuerdan otra época en que sirvieron de chivo expiatorio para los males propios de la sociedad isleña.

son.» Seguro que hace veinte años no hubiese sido tan fácil hablar sobre el fenómeno *chuetas* con uno de sus miembros más reconocidos. La caza del apóstata, empero, no ha terminado.

Hasta hace una década —su directiva lo negará probablemente—, la admisión de *chuetas* en el Círculo Mallorquín estaba vetada con una bola negra. Casarse con un descendiente de judío converso ha sido algo mal visto por la sociedad mallorquina. Un «status» subconsciente favorecía esta segregación. «Si voy por la calle y me caigo, no será por haber resbalado en una monda de plátano, sino por ser *chuetas*», asegura Pomar. El «apartheid» se traduce, a veces, en autodefensa. «Cuando me ha puesto una multa el guardia municipal de ahí cerca, mis amigos *chuetas* me han dicho: es de los nuestros. Bueno, ¡será de los nuestros!, pero me la ha puesto.»

Los apellidos malditos

La endogamia ha facilitado la similitud de rasgos físicos y psicológicos en ese grupo de la población. «En Mallorca se sabe de cualquiera si es *chuetas* o no —aclara Luis Ripoll, editor que fue de los «Papeles de Sons Armadans», pero no se comenta delante de ellos.» Emparentado con *chuetas*, Ripoll piensa que la discriminación está hoy muy solapada. «Cuando niño, recuerdo que les perseguíamos. A un vecino que hoy es muy rico, se las hacíamos pasar negras. En Semana Santa les poníamos un palo en la espalda, y le hacíamos repetir el Vía Crucis. Mientras duraba la procesión, le cantábamos una estrofa con los apellidos *chuetas*.»

«Va nèixer per Son Forteza / i l'enterraren a Vall (nació en el lugar de Forteza y lo enterraron en Valls). «De petit era Bonnin / i mas tarde se feu Fuster» (de pequeño era buen niño y después se hizo carpintero). «Era un joven molt Cortès que sempre bevia Pinya» (era un joven muy cortés que siempre bebía piña). «En es joc, era Miró. / Duia sempre a sa solapa un brotet de Tarongí» (cuando jugaba era mirón, y siempre llevaba en la solapa un botón de naranja). «De nom era Valentí / I que se va emnalatir varen cridar N'Aguiló» (de nombre era Valentín y cuando se puso enfermo llamaron a Aguiló). «Sa mort va esser tan Segura que va a morir de Picó» (su muerte va a ser tan segura que va a morir de picor).

En la canción que antecede, probablemente la que cantaban Ripoll y sus compañeros de juegos, aparecen doce apellidos de judíos conversos condenados por el Tribunal del Santo Oficio



La mallorquina calle de la Plateria tiene numerosos establecimientos regentados por *chuetas*.

de 1691. Junto con Martí, Pomar y Valleriola, forman la lista de «nombres malditos» sobre los que se cebó el *antichuetismo* en los últimos 300 años. El doctor Pomar cuenta un chiste muy simpático en torno a esta colección de nombres. «Si alguien me pregunta si me apellido Aguiló, suelo decirle que Aguiló no. Pero —agrega—, le digo que puede llamarme Bonnin o Fuster, porque seguramente acertará.»

Abundan las dudas sobre la naturaleza auténtica de los catorce o quince apellidos *chuetas*. En primer lugar, porque los judíos que se convirtieron al cristianismo durante la Edad Media adoptaron los nombres y apellidos de personas de este credo. Un investigador judío, de nacionalidad norteamericana, Baruch Braunstein, hizo luz sobre el asunto, al publicar en 1936 las listas completas de reconciliados y relajados por la Inquisición en Mallorca. Aquel acopio de datos fue seguido por numerosos libros en torno al tema de los apellidos. Miquel Forteza, polígrafo ya desaparecido, consideró en su obra «Los descendientes de los judíos conversos: cuatro palabras de verdad» que era una aberración atribuir la condición de *chuetas*

a quienes portasen estos apellidos. Según Baltasar Porcell, Forteza trataba así de demostrar que el suyo y los otros catorce no eran los únicos.

Verificar la genealogía

Para Fiore Dureghello, una joven investigadora veneciana, de raza judía, que prepara su tesis doctoral sobre los *chuetas*, «el trabajo más importante para comprobar las genealogías auténticas había sido realizado por Braunstein, pero apenas tuvo difusión porque fue publicado en Estados Unidos durante la Guerra Civil española». Por su parte, Lorenzo Pérez, en su introducción a los «Anales Judaicos de Mallorca», cree que portar uno de los apellidos estigmatizados no significa descender de judíos conversos. «Hay que verificar la genealogía y los procesos seguidos por la Inquisición contra supuestos antepasados, para saber si una persona es o no *chuetas*.»

Algunos *chuetas* han verificado su condición de tales. Tal es el caso de Lorenzo Cortés, que utilizó el registro de bautizos y bodas de la parroquia familiar hasta 1750, para después se-

CON JUDÁ EN LOS TALONES

guir la pista en el registro de la diócesis mallorquina. «Sólo tengo una laguna en todo el árbol genealógico, que es el lugar de nacimiento de un antepasado, pero espero rellenarla bien pronto», confirma orgulloso Cortés, que hoy lleva colgada del cuello la estrella de David, y hubo de padecer de niño las iras de sus «amigos» por ser *chuetas*. «Viví en Palma hasta los ocho años de edad, sin notar nada especial. Pero mi familia se trasladó a Pollensa, y comenzaron a insultarme nada más saber que era *chuetas*. Además se dedicaban a pegarme todos, menos uno que después me confirmaría que era *chuetas*.» Un día, el niño Lorenzo Cortés se hartó del mal trato: «cogí una barra y al primero que intentó tocarme le di lo suyo».

Las fórmulas de autodefensa utilizadas por los *chuetas* han sido muy variadas. Durante muchos años, el ejercicio de las profesiones liberales les ha servido para conservar su independencia. Así fueron artesanos, prestamistas o cartógrafos que trazaban cartas de mareas de gran precisión, como reflejó el «Atlas Catalá». Durante el siglo XIX hubo una progresiva rehabilitación social de este grupo étnico. La enseñanza normal les comenzó a admitir desde 1837. Hoy día, médicos *chuetas* de gran prestigio como los Aguiló, empresarios de notable iniciativa como Feliciano Fuster y joyeros tan apreciados como los Cortés confirman el ascenso social de los descendientes de los judíos conversos.

Claro que dentro de los *chuetas* hay ricos y pobres. Durante el reinado de Carlos III, los miembros más pudientes de este grupo de población fueron a pedirle protección al monarca, obteniendo unas pragmáticas beneficiosas para su «status». Los que portan sus apellidos son considerados desde entonces de «orella alta». Los de menor poder económico son llamados de «orella baja». Alguno, como Luis Pomar, dice tiene una oreja alta y otra baja por la categoría de sus antepasados.

En el campo de la cultura, la presencia de los *chuetas* fue resonante en ocasiones. Siete de los diecisiete poetas románticos mallorquines lo eran. De los cinco vates que obtuvieron Flor Natural en los Juegos de Barcelona durante la Renaixença, tres eran *chuetas*. Directores teatrales, críticos de

arte, y toda una serie de intelectuales como Gabriel Fuster («Gafin»), periodista cuyo busto instalado en la Plaza Mayor de Palma ha sido pintarrajeado con la cruz gamada en numerosas ocasiones, y científicos como el investigador farmacéutico Alfonso Miró, confirman que el trato con la cultura ha sido muy favorecedor con los descendientes de los judíos conversos mallorquines.

Algunas profesiones han estado vetadas, sin embargo, a miembros de esta etnia. Así, no existe notario alguno con esta condición. No ocurre lo mismo con la milicia. Desde la pragmática de Carlos III por la que se les declaraba aptos para cumplir el servicio militar, numerosos *chuetas* han formado parte del Ejército español. Los estigmas de la herencia han sido acentuados, por el contrario, en el seno de la Iglesia. Como una chusma racial fueron tratados casi siempre los *chuetas*, dentro de la estructura eclesiástica. Hasta que en 1955 ocupó monseñor Enciso Viana la silla episcopal mallorquina hubo distinciones dentro de la clerecía insular, entre

purros y *chuetas*. Sólo en 1966 se admitió al primer aspirante a sacerdote en los seminarios eclesiásticos que llevase uno de los apellidos *chuetas*.

El presbítero Josep Tarongí, de origen *chuetas*, cuya sobrina vive todavía en Palma, fue el gran defensor de la causa de los descendientes de judíos conversos. Con sus obras «Libros malos y cosas peores», y «Una mala causa a todo trance defendida», escritas a fines del siglo pasado, enardeció a la opinión pública isleña en favor de los *chuetas*. Tarongí ejerció como sacerdote en Granada, pero no alcanzó a obtener, pese a merecerlos, los grados de canónigo o beneficiado.

Las órdenes religiosas femeninas y los cabildos catedralicios mantuvieron una vieja adhesión contra los *chuetas* durante las últimas décadas. Según Luis Pomar, «ahora no tienen tanto reparo frente a ellos, porque apenas alguien quiere entrar en seminarios y conventos.» La acusación de deicidas, dirigida contra los *chuetas*, influyó en la segregación descrita. En 1435 cundió el paroxismo entre los conversos, al ser acusados de intentar reproducir el sacrificio de Cristo en la cruz con un esclavo moro. Las condenas a la hoguera llovieron tras aquel incidente.

Según Josep Forteza, «fue Roma quien autorizó la crucifixión de Jesús, que al fin y al cabo era judío». Esta explicación del odontólogo mallorquín le hace partícipe del temor a la persecución, que asola a los judíos desde la muerte de Cristo. Pero los *chuetas* no siguen al pie de la letra las costumbres hebreas. Así, según Fiore Dureghello, «la ley de Moisés dice que la semilla judía proviene de la madre y los *chuetas* basan su herencia en el apellido del padre, lo que es un error».

Igual que la persecución contra los judíos es considerada por Forteza como algo que continuará hasta el fin del mundo, Luis Pomar afirma que el antichuetismo no terminará de un día para otro, «y tampoco en el siglo XXI». Un poco resignado a su suerte, Lorenzo Cortés lo fia todo del porvenir. A la pregunta de si sus hijos vivirán en el temor y el odio que el padeció contra sus compañeros de juego, afirma que «el resentimiento muere con las generaciones». ■ R.G.P.

Fotos: Flor Puente Rodríguez.



Tres generaciones de *chuetas*: junto al retrato del presbítero Josep Tarongí, único que se conserva, su sobrina y una biznieta de ésta.